

La muchacha había sabido que estaba condenada mucho antes de que la sacaran del húmedo y apestoso calabozo en que la habían confinado, mucho antes de que la subieran, maniatada, al carro que recorrería las calles de la ciudad hasta la plaza mayor, mucho antes de que la amarraran al poste y encendieran la pira.

Lo había sabido al mirar a los ojos a los miembros del tribunal. Ellos no habían pronunciado palabra, pero ella había leído el odio, el miedo y el desprecio en su mirada.

Había pasado toda la noche pensando en ello, haciéndose a la idea de que iba a morir y, por eso, cuando los guardias acudieron a buscarla al amanecer, ella los recibió con orgullo y frialdad, sin un ápice de miedo en sus ojos. Era inocente, no había hecho nada malo, y estaba siendo víctima de una injusticia. Lo gritaría por el camino, lo gritaría sobre la carreta, durante el vergonzoso paseo hasta la plaza, lo gritaría en lo alto de la pira hasta que las llamas ahogaran su voz.

Sin embargo, no le resultó fácil encontrar valor para proclamar su inocencia cuando el carro salió de la prisión y la multitud la recibió con gritos, insultos, amenazas y una lluvia de huevos y hortalizas.

Inspiró hondo mientras los tomates impactaban en su cuerpo:

-¡¡¡Soy inocente!!! -chilló, pero no pudo añadir nada más; como si hubiese dicho una blasfemia, la multitud rugió aún más y le lanzaron más verduras.

La muchacha sintió que las lágrimas le abrasaban los ojos, pero parpadeó varias veces para retenerlas; su orgullo le impedía llorar ante aquellas personas hipócritas que la habían querido y apreciado (o, al menos, habían fingido que lo hacían, se dijo amargamente) hasta apenas unos días antes.